

APOLOGÍA DE LA PEQUEÑA NACIÓN¹

Casi quisiera comenzar estas palabras con un acto de gracias. Durante el semestre académico, he disfrutado de una de las cosas más dulces que existen: la plácida luz de Puerto Rico, que dando las más extrañas tonalidades al mar y jugando con las pequeñas colinas que ofrecen en flores, árboles y frutos el trabajo secular del hombre puertorriqueño, perfila este paisaje contenido y armonioso donde el Trópico, tan agresivo y desmesurado en otras tierras americanas, parece humanizarse y limitarse frente al ojo que lo mira y las manos que anhelan palparlo. Ya Puerto Rico ha cumplido con esa primera tarea de cultura que es domesticar la Naturaleza; someterla a las claves y al servicio del hombre y vencer ese espanto que produce el desierto y la soledad. A las gentes de este país no se les presenta, de ningún modo, el misterio de una tierra incógnita sino un paisaje ya poblado y fecundado como un regazo donde cada rincón, cada pequeño valle o cada fuente hablan al espíritu una lengua de reminiscencias, de generaciones que laboraron y pasaron. Ello me explica el ardiente patriotismo puertorriqueño, la desazón que siente el hombre de aquí cuando emigrando a otros sitios en busca de mayor ganancia, no puede olvidar su casal lejano y está siempre en trance de retorno a la isla. En la inmensa metrópoli neoyorquina hay, por ejemplo, una considerable minoría puertorriqueña cuya resistencia emocional a adaptarse a otras formas de vida era para mí un hecho sociológico de gran importancia. La pobreza y la lucha por el sustento los une allá con potente fuerza tribal, pero pocas veces se destacan y se integran como minoría étnica, celosa de sus costumbres, de sus comidas y sus canciones. A la puerta de los tenduchos de las proletarias calles del New York alto se amontonaban las mujeres y los niños como en una calle de barrio puertorriqueño; seguían tratándose y reconociéndose, preguntaban por Pedro o por Juana como si su corazón no hubiera aprendido todavía la inhumana indiferencia, la terrible soledad entre los millones de hombres que es la tragedia de las grandes urbes. Y he aquí uno de esos problemas imponderables, casi inaprehensibles, para los economistas que quisieran reducirlo todo a signo numérico y que de las grandes experiencias y las grandes intuiciones que ofrece la vida desdeñan aquellas que no encuadran en sus estadísticas. Y ¿no es acaso la gran cuestión contemporánea hacer un sitio para el alma —para el alma individual y para el alma de los pueblos— en este mundo crecientemente tecnificado y materialista donde el culto por las cosas parece absorber el respeto por las personas? La técnica crece en relación inversa del ser humano. Y junto a las ciencias de la

¹ Discurso pronunciado en la cuadragésima segunda colación de grados de la Universidad de Puerto Rico, el 31 de mayo de 1946.

naturaleza nunca estuvimos más urgidos de una auténtica sabiduría del hombre que restablezca el equilibrio perdido entre la inteligencia orgullosa y la sensibilidad embotada, entre nuestra cabeza y nuestro corazón. Junto al irracionalismo de los nazis que se entregaban al ciego llamado de la sangre, el frío cálculo de los tecnócratas que miran el problema de la vida en mera relación de cantidad; que impondrían a los núcleos humanos la disciplina de los grandes rebaños. En un casi olvidado libro de Schiller *La educación estética del hombre*, que hay que leer porque en la querrela de la vida corresponde siempre a los poetas la *ultima ratio*, se explicaba para mí la discordia de nuestra civilización. Después de la barbarie del instinto que caracteriza a los pueblos primitivos donde la reflexión humana no elabora todavía la conciencia moral, habíamos caído, por contraste, en una barbarie de la inteligencia; nos libertamos de la naturaleza pero para olvidarla, para vivir como en un abstracto mundo donde hasta los sentidos del hombre son ya mecanismos oxidados e inútiles y el goce de mirar y de soñar desaparece en un dinamismo sin objeto. La prisa de vivir, de quemar en carrera loca los frenos de nuestra existencia, ya no nos deja darnos cuenta de la belleza del mundo. Hay ahora más erudición que sabiduría, más noticias que conocimiento. Aprendemos demasiado, menos lo que hemos de hacer con nuestra propia vida. La discordia sólo se vence uniendo el organismo escindido, restableciendo otra vez —como en la hora luminosa del clasicismo griego— aquella comunicación rota entre inteligencia y sensibilidad, aquella cultura que parte del propio asombro poético del Universo, del ojo que aprende a ver y el oído que aprende a escuchar, para que la mente del hombre elabore después sus cánones y sus arquetipos ideales.

Hemos llegado al extremo trágico de una civilización positivista que lo sacrificó todo a la voluntad del poder; que endiosó la energía por la energía, sin ningún otro móvil estético y moral; que prefirió lo cuantitativo a lo cualitativo. El balance de todo eso, la liquidación de los superhombres, se ha visto en el apocalíptico paisaje de Europa. Ser grandes y poderosos más que ser justos, era la filosofía que desprendida de un monstruoso biologismo social, aplicaba a la relación de los hombres la lucha de los animales en el terciario. En ese voluntarismo selvático a la manera como lo practicaban los nazis, no se justifica la existencia de un país pequeño como Puerto Rico o cualquiera de nuestras naciones hispanoamericanas, y yo recuerdo todavía la impresión que me produjo en el Museo de Higiene de Dresden una sedicente escala de las razas de la que se desprendía que los dolicocefalos rubios señalados como el grupo número uno entre todos los núcleos humanos, estaban avocados a tener sobre los otros el mismo predominio del tiburón sobre las sardinas. A pocos metros del imponente pabellón nazi se levantaba —como otra cara más bella de la vida, como la cultura del sobrevivir frente a la cultura de la muerte— los maravillosos jardines del Zwinger, la gran pinacoteca con los cuadros de Rafael y de Durero, las añosas alamedas y sus espejos de aguas, dorados por el Otoño, cuya lejanía parece poblarse aún con la música de Mozart que allí cantó

y allí compuso. Pero esto, precisamente, era lo que ya no podían contemplar los nazis. La prepotencia sobre la belleza, el resentimiento sobre la justicia, iba a precipitarnos en el despeñadero de horror de los últimos años.

Mirando esta tierra de Puerto Rico, tan hecha a la escala del hombre, donde toda fuente se utiliza y donde toda ceja de monte se trabaja y se puebla, se me ocurría pensar qué significan y qué pueden hacer los países pequeños en esta terrible edad nuestra que sobre cualquiera otra merece llamarse una edad macrocósmica. Paradójicamente diríase que Puerto Rico llega a su madura conciencia nacional y anhela ser más autónomo, en el preciso instante en que en el escenario histórico se están formando organismos cada vez más vastos y tres o cuatro países inmensos (menos de los que existían en 1939), parecen asumir por sí solos la suprema dirección del Universo. ¿Es cierto que —como se dice en algunas revistas de Economía— ya ha sido superada la etapa de las naciones pequeñas o bien por el contrario, el equilibrio de la Historia Universal y el propio destino de la Cultura requiere que no desaparezca esta variedad para que la especie humana no llegue al patrón único, al uniforme imperio que haría del mundo venidero el más monótono de todos los mundos? Quiero lanzar esta pelota, este buen tema de discusión, para que rebotando en el verde césped del campus universitario provoque vuestro entusiasmo; penséis en ello con esa decisión y arrojado impulso deportivo que he visto en todos los muchachos puertorriqueños. Es esta una tierra de excelentes jugadores de pelota; os he visto discutir ideas con el mismo ímpetu con que en los soleados domingos trazan gallardas parábolas vuestros balones; yo soy mal lanzador y casi me satisface más, me entretiene más, provocar el tema que resolverlo. A más de que la cuestión que quiero suscitar, rebasa los límites de un discurso y podría ser motivo de estudio o preocupado seminario en vuestros muy activos cursos de Historia o de Ciencias Sociales.

ELOGIO DE LOS PAÍSES PEQUEÑOS

Comenzaré con un elogio de los países pequeños. Lo más afirmativo de la aventura humana no se inició en las grandes masas continentales de Asia, de Europa o de América, en esa inmensa zona de llanuras que más allá del Elba juntan lo europeo y lo asiático en vasta horizontalidad, sino en el mundo maravillosamente limitado y articulado, de la cuenca mediterránea. En parangón con el vasto del Atlántico y el entonces solitario Pacífico, el Mediterráneo no era más que un charquito azul. Un charquito azul donde humanidades todavía finas y diminutas emprendían su gracioso juego de niños, cuyo primer testimonio nos viene en los mitos y en los cantos en que Homero vertió en poesía inmortal las leyendas mucho más viejas. De Creta —isla como Puerto Rico pero más árida— partían para la "gran verde" las primeras naves que condujeron a Egipto los grandes cántaros de aceite y de vino. Pueblo hijo de la luz, amaba sobre todo su mar caminador, y la fiesta que les ofrecía el Universo

sabían devolverla en un arte vívido, de frescos motivos naturalistas, donde las flores, el tema marino, la alegre danza o la marcha rítmica de los segadores quedó pintada en la indeleble pintura milenaria de sus vasos y en los murales de Knosos y de Hagia Triada. Cuando dos mil años antes de nuestra era caen sobre ese luminoso mundo meridional, erguidos sobre sus caballos de guerra, los indo-europeos, aquellas sosegadas culturas del Sur (culturas del viñedo y del olivo, de la nave a remos, de la danza ritual y del telar doméstico) debieron sentir el mismo espanto que nuestros indios pacíficos ante los corceles piafantes del conquistador español. Los invasores traían lo más peligroso para la felicidad humana: una técnica de la guerra.

Amaestrando caballos y poniéndolos a tirar carros desde donde disparan los arqueros, se forma esos pesados y crueles imperios del Asia occidental (hititas, asirios, medos y persas). Pero, simultáneamente, y como para ofrecer al mundo otro destino que el de las monarquías teocráticas y militares y las grandes multitudes esclavas, junto al Mediterráneo, adornado como nuestro Caribe de collares de islas, de boscosas colinas, abundantes golfos y ensenadas, el pueblo helénico comienza también su aprendizaje.

Y aquí una digresión, que acaso nos ahorre todo un discurso dilatado. Cuando de muchacho oía de mi profesor, en un Liceo de provincia, el clásico relato de las guerras médicas, parecían que el maestro se ensañaba contra los persas. Tema de composición escolar era qué habría ocurrido al mundo si en Maratón y en Platea triunfaran las masas orientales sobre los ágiles hoplitas griegos. Llegué a pensar que, a lo mejor, nosotros tenemos de tan lejanos hechos históricos la visión que nos impuso la historiografía helénica. Y que, si del lado persa conociésemos el testimonio de sus propios Herodotos y Jenofontes, tal vez variaría nuestro juicio, cambiando, también, el punto de mira. Pero he aquí que aquel maestro olvidado en un rincón provincial de mi patria tenía —acaso sin saberlo— la misma teoría sobre estos hechos que Hegel o Jacobo Burckhardt. Porque frente a los grandes imperios del Oriente las minúsculas ciudades-estado griegas con su Agora discutiendo, con su clara razón que delibera antes de obedecer, representan el primer triunfo de la individualidad y de la conciencia libre. Como lo dice Burckhardt en palabras insustituibles en Grecia “todo el mundo tenía la sensación de que la Polis vivía en él”. La Patria —si así puede decirse— era como la proyección del individuo a un pequeño mundo familiar, a la naturaleza circundante y, tan hecha al ojo y la caricia del hombre que parecía la raíz misma, el ámbito y la explicación de la persona. En el Oriente, en cambio, el gran Estado feroz se imponía sobre la multitud como una fatalidad, con la misma tiranía ciega e irreversible de aquellos dioses del terror, dioses castigadores y coléricos, del trueno, la fiebre y la destrucción, a los que el barbudo mago conjuraba en vano desde la torre de su “zigurat”. Junto a la monotonía y la pesadez oriental; al sometimiento mágico a los tiranos del cielo y la tierra, aquel mundo más flexible, más diminuto y —si queréis— más versátil de la pequeña ciudad-estado griega donde el

hombre, como dice Hegel, no estaba ensimismado en la naturaleza sino se respondía a sí mismo "incitado por la intuición de las cosas". Sus dioses son la trasposición al plano poético y religioso de la propia alma inventora. Homero invoca la Musa para que le hable, pero la Musa es su propio espíritu creador".

Mundo de la libertad y al mismo tiempo de la diferenciación, de donde procede toda auténtica cultura. El hombre ya siente el universo como claro y gozoso Cosmos y ordenado el torrente de las impresiones sensibles, llega al Arte y la Filosofía. Es —a diferencia del Oriente— y a diferencia también del excesivo pragmatismo moderno, una actividad desinteresada en que basta al sujeto el goce de aquella tarea de afirmación de la individualidad, del descubrimiento de ese otro mundo más suyo, que erige la cultura frente a la naturaleza. Y tienen que aprender de los pequeños y ágiles griegos, los futuros dominadores romanos. Ante los dioses y las estatuas, ante todo canon de belleza y de humanidad que había creado el genio helénico, se posterga Escipión, el Imperator que mandó Roma. Sabe que más allá del poder y de la fuerza, transitorios como la guerra que hacen los hombres, está la potencia imponderable —no reductible a cantidad— del espíritu objetivo. Y Roma y su gran estado se explican, sobre todo, para el hombre moderno —como lo ha dicho Burckhardt— por la virtud de conservar aquellas maravillosas formas creadas por la cultura antigua. Discípulos tardíos de la Hélade, más prácticos y concretos, fundadores también del primer gran imperialismo mediterráneo, sienten ya lo griego en dimensión de cantidad; parecen los ingenieros y técnicos del mundo antiguo y lo que el heleno había hecho a la medida del hombre se dispara en el romano hacia otra escala y dimensión más ambiciosa y, por lo tanto, más desproporcionada.

¡Cuidado con lo colosal! Las culturas comienzan a morir cuando agotada su belleza, su libertad y veracidad interior, se hace preciso simular la fuerza: la esterilidad y cansancio del alma se disfrazan en el alarde externo del gesto; al atleta griego de cuerpo armonioso, el ágil discóbolo o al reflexivo doríforo cuya aparente calma es sólo fuerza contenida y energía guiada por la razón, lo reemplaza el Hércules de feria, el desproporcionado gigante, Atlas de su propio corpachón, que va por circos y plazas enseñando la monstruosidad de sus músculos. Quien paseara por la Roma del siglo III después de Cristo, por sus basílicas, termas, anfiteatros y arcos de triunfo, por ese mundo de lo colosal —gran imperio, enormes masas bulliciosas, edificios donde la eurytmia griega era sustraída por los enormes bloques de mortero y ladrillo, por los circos donde podían alborotar miles de espectadores— y viera también los anchos caminos y las estatuas de los Césares, habría pensado con ilusión muy moderna, que el mundo ya casi no tenía problemas y que se avanzaría desde la achurosa plenitud de hoy a la próspera seguridad de mañana. ¡*Pax romana, lex romana!*, a través de la literatura de los panegiristas oficiales de entonces, se escucha esa retórica satisfecha, como hace dos o tres décadas oíamos la palabra "progreso" o la palabra "prosperidad". Pero Roma moriría no sólo de aquellos

bárbaros que desde los días de Marco Aurelio no respetaban frontera, sino de su propia inmensidad. La dolencia de esa monstruosa Roma imperial es de hidropesía histórica. Se va gastando su destino espiritual; el vientre se le llena de agua. El alarde de fuerza va matando el espíritu creador. La vida es agitada y ya carece de objeto. Y cuando en el extraño Museo de los Conservadores o en el Museo del Vaticano contemplando aquellos bustos enormes de la última antigüedad clásica y los cotejamos con los de la escultura griega, es como si pasáramos del mundo del hombre al mundo de la máscara. Cabezas colosales; mascarones llenos de angustia cuyos hendidos párpados parecen perderse en una lejanía sin tregua ni reposo; fealdad o simple fuerza brutal, es el último paisaje de la antigüedad muriente. La grave voz de San Agustín que ha salido de su iglesia de Hipona a recibir a los bárbaros, reza la oración funeral de ese paganismo desaparecido y levanta como antítesis de lo que murió, la idea de otra cultura que vuelva a conquistar el espíritu.

Roma es una lección para todos los que ponen el poder físico sobre el alma; para las civilizaciones crecientemente mecanizadas de hoy; para el Estatismo feroz que se traga a la persona; para esa destrucción de la individualidad y de la diferencia, a que quisiera llegar la más inhumana tecnocracia. Una Roma más petrificada aún, se contamina de mayor despotismo oriental en la segunda Roma cruel y ritualista, que se llama durante diez siglos el Imperio bizantino.

La nueva cultura retoñará primaveralmente, después que Europa absorba su potente ración de bárbaros, en ese mundo también pequeño, limitado por mar y colinas, de las comunas y repúblicas italianas. Pisanos, venecianos, genoveses y florentinos van a sacar otra vez como una segunda Venus y del mismo mar azul, la belleza y las formas perdidas. Entretanto, en el Norte, el Gótico marcaba, también, una hora de liberación y de conciencia comunal frente al atropello de los grandes señores. Con un espíritu agonístico, semejante al de los griegos, con gran emulación de belleza, luchan entre sí estos mundos minúsculos de las repúblicas italianas, donde el Arte sirve de escape a la violencia. A través de ellas y principalmente, en estos maravillosos trescientos años que van del nacimiento del Dante a la muerte de Miguel Ángel, Italia madura bajo su claro sol, como un viñedo de encanto, las más perfectas formas del arte y de la aventura humana. Poesía lírica que hizo ya del Dante la primera conciencia europea que se nos revela; nueva plástica que yergue otra vez al hombre en el centro y soberanía del mundo y le hace recobrar el perdido Paraíso con la potente dignidad de las figuras de Masaccio; arte terrenal de vivir en la Arquitectura de jardines, fuentes y palacios; en la narración profana, en aquel ideal cívico y estético de los tratados humanistas; investigación de la naturaleza que llenaba de planos y máquinas fantásticas los cuadernos de Leonardo de Vinci y conduciría después a la nueva ciencia del "provando e

riprovando”, al modelo de Galileo, es el copioso tributo de Italia a la Europa renaciente. El mundo europeo quiere —con las nuevas claves magníficas que le ha dado el genio italiano para acercarse al misterio de la naturaleza y a la movilidad de la vida— su emancipación religiosa y el individualismo estético del Renacimiento se completa con el individualismo moral de la Reforma. Como en el gran instante que en el mundo antiguo engendró el clasicismo griego, la conciencia individual se lanza otra vez, señera y audaz, dueña de sí misma, en otra gran peripecia exploradora del espíritu. Se comienzan a integrar, también, a partir del siglo XV los grandes estados nacionales, cuya más potente imagen habrán de ofrecerla, después la España de los Hapsburgos y la Francia de Luis XIV. Pero con su reglamentismo y su imposición de unidad contra todos los elementos divergentes que no servían a la causa de la Iglesia o la causa del Soberano, la cultura europea se hubiera petrificado, si no llegara de las pequeñas naciones —de las agitadas comunas flamencas, de Holanda, de la Suiza calvinista— un creciente ímpetu de libertad. Lo que no se puede decir en España se imprime en Amsterdam. En los puertos del Norte en donde burgueses prósperos, muy celosos de su primacía, combaten contra la potente presión estatal, se elaboran algunos de los sistemas libertadores del espíritu moderno desde la Filosofía de Spinoza hasta el Derecho de Gentes de Hugo Grotio. René Descartes busca un lejano retiro sueco, así como las propiedades de Voltaire, siglo y medio después, abren una puerta de escape hacia la libre Suiza.

En esa Europa que tiende a cerrarse como la España de Felipe II en el sepulcro impotente de los grandes estados, la pequeña nación encarna el espíritu de diversidad; es como el alfil ágil que se defiende, para no ser engullido, en la querrela por el predominio mundial de los imperios. Una última cultura exquisita— una última cultura que buscó la Universalidad, que viajó a Grecia para que la belleza griega actuase también como ejemplo y vigencia en el hombre moderno; ordenó los grandes sistemas de razonar con que hemos pensado en los dos últimos siglos y dio a la música aquella solemne infinitud y vigorosa lejanía del contrapunto, las suntuosas formas barrocas de la música instrumental, se elabora todavía en las pequeñas cortes y ciudades alemanas de los siglos XVII y XVIII. Para la historia de la cultura el pequeño Weimar donde cantó Goethe y el Koenisberg donde pensó Kant, son mucho más importantes que el belicoso Berlín de Guillermo II y del colérico Adolfo Hitler. ¿Y no se deshará precisamente, en un caótico sueño de potencia mundial, en un oscuro y regresivo culto de la fuerza aquella Alemania que en los días de Schiller y de Goethe, de Hoelderlin y de Kleist, de Beethoven y de Hegel parecía el jardín espiritual del mundo? Como en la trágica hora del paganismo muriente, el gusto de lo colosal, la violencia hecha alarde, el olvido de aquel imperativo ético que Kant definió como la primera razón práctica del hombre, produjo ante nuestros propios ojos la disolución de Alemania. Ojalá su ejemplo enseñe a los pueblos qué otros valores, qué metas más altas y duraderas, hay más allá

de la ciega "voluntad de poderío". El arte alemán en Schiller y en Beethoven luchó por un mundo libre; el estado alemán desde Bismark a Hitler se afanó por un mundo esclavo.

VALIDEZ DE LAS PEQUEÑAS NACIONES

De lo que Keyserling ha llamado la "fecundidad del insuficiente", proviene para mí el valor y justificación de las pequeñas naciones. Mientras que los grandes estados disfrutan de una inmensa órbita natural que los satisface a sí mismos y tiende, por ello, a petrificarlos (como en el clásico ejemplo de los grandes imperios orientales), o a imponer su fuerza sobre los débiles —como en el moderno impacto imperialista— el país pequeño siente la vida como agitada antítesis; sale como los griegos por las rutas del mar, en busca de ese espíritu ecuménico ya que al comienzo no le basta lo propio. Su ingenio y agilidad requieren probarse, como la destreza del pequeño animal junto a la pesadez del paquidermo. Está en una hora de vigilancia más que adormecido optimismo. Frente a la dimensión de los grandes estados que en la época moderna se mide, sobre todo, por la capacidad industrial y bélica, las pequeñas naciones deben afirmarse y deben justificarse —para sobrevivir— por el culto y desarrollo consciente de los valores más permanentes y pacíficos; de los valores auténticamente creadores de la cultura. Es la pequeña Bélgica, maravillosa colmena humana o la pequeña Suiza, donde los idiomas románicos y los idiomas germánicos se juntan sin combatir. Como lo ha dicho Hegel en su maravilloso análisis de la polis griega, la pequeña nación frente al choque inevitable de las culturas y las influencias extrañas, se afirma a sí misma "superando la heterogeneidad". Se ve obligada a unificar los contrastes y a concentrar sus fuerzas reales y peculiares. Un pueblo que todo lo tiene puede dejarse vivir; la Historia se inmoviliza como en las monarquías teocráticas del Oriente, mientras que en la nación pequeña ya el solo hecho de su existencia es una tarea y una reflexión cotidiana. Contra la auto-satisfacción del grande estado, que de poder hacerlo —como en el sueño de un Luis XIV o de un Felipe II— impondría al Universo sus normas propias e inflexibles, el pequeño país expresa una insustituible corriente de la cultura que se nutre de divergencia y diversidad humana; la diversidad que cuando desaparece, como en la hora más madura del Imperio romano, indica ya la agonía de un ciclo histórico. La Historia se estanca como en la milenaria China que, cerrada tras de sus murallas, mantiene durante siglos las técnicas ya adquiridas; continúa viviendo del ritual más que de la creación.

Y un poco por su obligado cosmopolitismo, por su curiosidad hija de la urgencia de mirar afuera y de equilibrarse en medio de la discordia de los grandes, la nación pequeña es el más flexible y desinteresado vehículo de la cultura universal. Enlaza el Oriente con el Mediterráneo como los viejos fenicios, como los griegos, como los venecianos de la Edad Media; sirve al humanismo

pan-europeo como la Florencia de los Médicis o la Holanda del tiempo de Erasmo; emulsiona culturas e influencias antitéticas, para buscar, comparando, su propia individualidad como parece hacerse en este momento en la América Hispana.

Cualquier hispano-americano (valga mi modesto testimonio) se sentía en la Europa de antes de la catástrofe con una actitud más cosmopolita, más libre y desprejuiciada ante las culturas extrañas, que los nacionales de los grandes países europeos quienes exaltaban lo alemán para negar lo francés o lo inglés y viceversa. A través de los libros que estudiábamos, debíamos realizar la conciliación en nosotros, de esas grandes culturas en perpetua polémica. Y es que el francés, el inglés o el alemán podían vivir de la sustancia espiritual de sus pueblos, mientras que nosotros, en trance de formarnos, requeríamos consultar a cada Cultura —como Edipo a la Esfinge— algo del secreto de nuestro propio destino. Ningún prejuicio nos inhibía como al francés de leer el libro alemán, o al contrario. En la cultura media de un suramericano de nuestra generación se revolvía la prosa francesa con el ensayo inglés, la novela rusa, los libros de filosofía alemana y nuestra potente tradición española. En apariencia —y para quien mirara superficialmente, el aluvión. ¿Pero es que todo pueblo que está surgiendo, no necesita esa como inmersión previa en la Historia Universal; no es recibiendo y tratando de superar lo heterogéneo —para citar de nuevo a Hegel— como descubre su propia ser? En una misma aula universitaria en Santiago de Chile escuchábamos durante una temporada al francés Paul Hazard y al alemán Herman Keyserling, al español Ortega y Gasset y al norteamericano Waldo Frank. Tanto como en lo que se pudiera aprender era significativo para mí la cortesía y el oído abierto a lo que nos viene de las más lejanas latitudes. La Cultura como realidad supra-nacional se nos imponía como uno de los signos más válidos de nuestra actitud ante el mundo. Es el mismo buen diálogo ejemplar que he visto entre profesores de diversas lenguas, en estos claustros de Puerto Rico.

Y para servir a la cultura, más allá de todo límite nacionalista, surgen en los países pequeños algunos espíritus curiosos cuyo destino parece ser aproximar lo contradictorio; dar a cada uno su parte, cumplir el equilibrado balance del espíritu humano. La Historia corre el peligro de hacerse pan-germanista, pan-francesa o pan-inglesa y vienen ellos a distinguir lo universal dentro de lo nacional, a explicar para todos lo que pretendía monopolizar un solo grupo. Recuerdo, por ejemplo, entre esos ciudadanos mundiales de pequeñas patrias a un suizo como Burckhardt, a un danés como Brandes, a un holandés como Huizinga. Toda la ingente obra histórica de Burckhardt es una revisión, con criterio europeo, de los temas y los momentos decisivos de la Cultura Occidental. Como pocos historiadores como Burckhardt mira vivir las formas; les desentraña su secreto más allá de todo prejuicio nacional. Su germanismo no choca con su italianismo y lo concilia de modo tan armonioso, como no lo lograban algunos grandes historiadores alemanes de su tiempo, idólatras de la

propia nación. Del mismo modo, desde su pequeña Dinamarca, da Brandes la verdadera perspectiva europea de la Literatura del siglo XIX; resuelve en un admirable libro lo que pudiera llamarse la polémica franco-germano-británica sobre el Romanticismo y entiende por igual —y con el mismo desinterés— a Heine, a Keats, a Vigny. Hace poco murió el gran Huizinga, víctima de la guerra, víctima del dolor de los últimos años; de la disolución de esa Europa espiritual que él invocara en algunos de los libros de Historia más bellos compuestos en este siglo en que la atiborrada Erudición reemplaza al Humanismo; la escueta ficha al concepto, la farragosa cita al estilo.

— En Hispano-América hemos tenido en la figura, más citada que conocida, de don Andrés Bello, el arquetipo del educador y el guía de un país pequeño para quien toda cultura, todo trabajo del espíritu, enriquece de universalidad el ambiente nativo. Una distinguida profesora de esta Universidad, Concha Meléndez, ha analizado en valioso ensayo el admirado discurso de Bello con ocasión de inaugurarse la Universidad de Chile hace más de cien años; en 1843. Es el discurso de Bello una todavía válida tesis sobre lo que ahora se llama la educación integral del hombre y la misión social de la Cultura. Está escrito en esa sencilla lengua, casi socrática, en que Bello velaba con elegancia su densa sabiduría. Contratado por el recién nacido Chile para organizar su Educación, Bello realiza una previa labor de acarreo y de crítica. El hispano-americano, el hijo de una olvidada colonia del Imperio español, ha visto desde su laborioso observatorio de Londres por donde va la ciencia de su siglo XIX: el concreto pensamiento inglés con su lógica de los hechos y su tendencia hacia lo social y lo pragmático; la Filología, esa Ciencia profundamente intuida por el romanticismo germánico y que, según las palabras de Niebuhr, era la insustituible mensajera de la eternidad; la Historia, el Derecho. Todo lo lleva; todo lo sintetiza Bello que habla simultáneamente el Latin de Virgilio y el Inglés de Macaulay, el Francés de Racine y el Español del Siglo de Oro, para la ingente tarea de crear las primeras instituciones culturales de un país que comenzaba a dirigir su destino. Y en la polémica con el gran Sarmiento a quien ya turba una prematura y demasiado romántica pretensión de autoctonismo cultural, Bello defiende, sobre todo, esa sabiduría del hombre, ese legado supra-nacional de la Cultura que es el que afirma la necesaria concordia humana sobre las querellas de pueblos, de razas, de poderío político.

¿No es otro ciudadano magnífico de pequeña nación vuestro gran Hostos; nuestro gran Hostos —debiéramos decir más americanamente—, caballero errante del Espíritu quien lleva la doble imagen de su Isla y de su deseo de saber por todos los caminos del mundo? Y como entonces no puede poner cátedra en Puerto Rico, la pone en cada escala de su itinerario; en Santo Domingo como en Chile, haciéndole decir a la lengua española verdades y necesidades de su pueblo y su gente; un nuevo método social y un nuevo método didáctico que es el trofeo conquistado a las culturas extrañas, el árbol de la sabiduría que anhelaba trasplantar a su Isla para que fecundara en cosecha de libertades.

ERA DE LA BOMBA ATÓMICA

Estamos señores —¡mucho cuidado!— en la era de la bomba atómica. Los pueblos parecen dividirse dentro de una posible y acaso catastrófica ordenación futura, entre los que tengan el poder atómico y los que no lo posean. Es, por el momento, un instrumento costoso que no estará al alcance de las naciones llamadas proletarias. Habrá, tal vez, una nueva aristocracia del átomo como lo hubo de los castillos, de las cortes, de las casas de banca, del petróleo y del acero. Esta pequeña bomba que es el más tremendo juguete del diablo y ante la cual las tentaciones de Mefistófeles y aquella piel de zafa en que simbolizaba Balzac lo más imposible del anhelo humano, resultan símbolos y charlatanerías de comadres, nos hace revisar muchos de los conceptos de la llamada Historia Universal. La bomba atómica aniquila, de momento, toda vigencia de la poesía épica y de la teoría carlaiana de los héroes. Ante el poder atómico ya no se explican ni Aquiles ni Bolívar. El antiguo héroe personal es impotente ahora ante la tiranía de las cosas. Es una verdadera divinidad etónica, de aquellas que, según los griegos, operan en el mundo subterráneo y hieren de sorpresa a los mortales, sin que a su oscuro escondrijo llegue el clamor de la voz humana. Contra los dioses etónicos se irguieron llenos de voluntad y parecidos a los hombres, las solares figuras del Olimpo. En una gran empresa antropocéntrica que se llama Filosofía, Arte, heroísmo moral anduvo la Historia —con sus pequeños colapsos, sus cambios y desvíos— desde el tiempo de los griegos. Pero he aquí que hoy, ante los nuevos artilugios diabólicos, ya nada puede el espíritu del hombre y Prometeo, otra vez, yace encadenado. Por el mismo horror de la guerra, llegar a abolirla y convertir como los atenienses la Atenea Promachos en la Atenea Lemnia, en la diosa de la ciudad y del trabajo pacífico, es el deber ineludible de todos aquellos caballeros que venidos de las más lejanas comarcas del mundo se quieren llamar —¡Dios los oiga!— las Naciones Unidas. Eso mismo se dijo en Ginebra en 1920 pero generaciones de políticos educados en la diplomacia secreta, en los juegos de alianzas, en el peor positivismo economicista del siglo XIX, en el miedo al pueblo y en la voluntad de poder, permitieron que surgiera el fascismo y su corolario: la segunda guerra. Cuidado con no aprender, porque la tragedia de estos días es que a medida que avanzan las ciencias aplicadas y el alarde técnico inventa no sólo los aparatos útiles sino también los inútiles, parece obturarse la mente para la verdadera reflexión histórica, y en el trato entre hombres y pueblos se repiten casi con exactitud matemática, los viejos errores. Hay buenos expertos para todo: en Zootecnia como en Meteorología, en Genética como en Alimentación, pero nos están fallando, en cambio, los auténticos peritos en cuestiones humanas. Se mide muy bien con estupendos instrumentos de precisión el tiempo físico, pero no se sabe prever el tiempo moral. Vivimos demasiado en los ruidos del instante, en la más frívola actualidad, regidos por la prisa y el deseo de ganar dinero y no queremos ocupar nuestra cabeza en ninguna reflexión

complicada. El ideal cultural de muchas gentes se satisface con esos "digestos" de lectura donde un sistema filosófico o una teoría física se explican en cincuenta palabras. El buen burgués de nuestros días que pretende ser más sabio que los griegos y, sin duda, mejor informado; que mira con lástima aquellas épocas de la Historia en que él no existía y no existían tampoco los fonógrafos automáticos, cree cumplir con eso: con el sumario de noticias en el periódico y con dar vuelta al botón de la radio, para sentirse hombre culto. Transmitirá su repertorio de vulgaridades y lugares comunes y los chistes que aprendió leyendo la tirilla cómica, en las reuniones del Club y el coloquio con los amigos. Más que el *zoon politikon* aristotélico este hombre de hoy es el animal que se afeita, engulle de prisa, solaza su oído con los más inarmónicos ruidos mecánicos y va el sábado por la noche a hacer contorsiones de orangután en una sala de bailes públicos.

No podrán —es un pleonasma decirlo— competir las pequeñas naciones con las grandes, en esta carrera loca por la potencia militar y la hegemonía financiera y política que ha sido móvil predominante en los días del alto capitalismo y del imperialismo. Pero si pueden desarrollar —y esta es su justificación— la otra fuerza histórica: la voluntad de Cultura. Quizás el proceso ecuménico del hombre que llamamos Historia Universal no sea más que el conflicto entre la voluntad de poder y la voluntad de cultura, entre las fuerzas de derroche y de destrucción y las de creación y conservación. En el ofuscado debate de los grandes, sí que pueden los pequeños —como la Atenas clásica, como las ciudades italianas frente al Papa y al Emperador, como Flandes y Holanda frente al Imperio español y frente a Luis XIV— desenvolver esa noble lucha que Hegel llamaba del espíritu objetivo.

La Cultura, para no caer en la impotente inmovilidad y auto-satisfacción de la pasada Roma imperial del siglo III o en el hieratismo de los bizantinos, necesita esta juego de tensiones, este aporte de diferencias que le ofrecen los pueblos antagónicos y distintos. Precisamente esta necia y moderna aspiración de uniformidad es lo más destructivo para la vida de la Cultura. Ella requiere —como toda empresa humana— lucha y antítesis. Oigamos un momento —porque nadie debate mejor el problema— a Hegel en su *Filosofía de la Historia*:

El pueblo griego —dice el filósofo— hubo de hacerse lo que fue. Los elementos nacionales de que se formó eran de suyo rudos y extraños unos a otros; es difícil determinar lo que originariamente era griego y lo que no era. Esta heterogeneidad dentro de sí misma es lo primero que nos sale al encuentro y constituye un rasgo capital de la nacionalidad griega, pues el libre y hermoso espíritu griego sólo pudo surgir por superación de esa heterogeneidad. Es necesario tener conciencia clara de ese principio de la heterogeneidad. Un prejuicio corriente sostiene que una vida hermosa, libre y feliz ha de surgir mediante el simple desarrollo de un primitivo parentesco familiar, de una raza que desde su origen, está unida por la naturaleza. Pero sólo la insensatez puede creer que la belleza proceda de la consanguinidad en desarrollo

homogéneo. En la planta tenemos la imagen más próxima de un tranquilo desenvolvimiento; sin embargo, la planta necesita el desarrollo antagónico de la luz, del aire, del agua, etc. Aquel prejuicio tiene, pues, por base, una superficial representación de la bondad natural del hombre, que es necesario abandonar, si se quiere considerar una evolución espiritual. El espíritu que quiere ser libre necesita haber vencido; en los comienzos hay antagonismos. La verdadera oposición que el espíritu puede tener, es espiritual; es su propia heterogeneidad, mediante la cual consigue fuerza bastante para existir como espíritu.

En la crisis contemporánea de un sistema de vida que desarrolló lo material y cuantitativo con desmedro de lo ético y en menos de tres décadas presenta el balance pavoroso de dos grandes guerras y señala a la reflexión para indicar otro rumbo, las ruinas de Varsovia y las ruinas de Coventry y las multitudes desencajadas y famélicas que, entre las abatidas torres de Europa, ya sólo se contentan con un pedazo de pan; desde el colapso moral de estos días invocamos con nostalgia esos perdidos mundos clásicos, mundos de la sofrosine y del equilibrio, mundos de la belleza proporcionada y del ser bien conducido; mundos donde Frankenstein no había aplastado todavía al pequeño ser humano. Hay que devolver a la Cultura que cada día tiende a degenerar en profesión, en mercenario oficio, en trabajo de bárbaros especializados, su inicial desinterés, y su tarea de recuperación del hombre. Desde el positivismo y el auge de la burguesía industrial del siglo XIX se nos fastidió demasiado diciendo que precisábamos ser prácticos; que había de supeditar la Educación a la Economía, que como eran demasiado dudosos los premios en el cielo debíamos buscar y atesorar, sobre todo, los discos de metal que se fabrican en la tierra. Como el joven pobre llega a ser banquero era la única y más chata epopeya que podía concebir la burguesía. Pues bien, ante el fracaso de todo eso; ante la angustia y la esclavitud moral que nos trajo todo eso, es necesario que nuevas generaciones se enfrenten a la Historia y digan sin miedo que ya no queremos ser hombres prácticos; que busquemos dentro de esta civilización lo que más le falta: el alma extraviada y sonámbula; el alma, la Niobe prisionera, el alma, la Ninké que quiere volar, en medio de un laberinto de máquinas, de torres, de usinas, de ruidos, que levantó el despiadado Capitalismo.

Para esta tarea moral que no se mide por pies cúbicos ni toneladas métricas, acaso sean más útiles las pequeñas naciones, más ágiles y universalistas por su propia pequeñez; menos sumidas en su narcisismo económico, bélico o fabril; aisladas de aquel combate por la primacía financiera y política que ofusca a las grandes. Después de la carrera por lo colosal y desproporcionado en que se empeñó el mundo moderno, a partir del último siglo, quizás sea ahora más urgente el trabajo inverso. Volver a descubrir el matiz, la calidad, lo diferente y lo individualizado. De lo contrario (ya le dijeron varios profetas: Burckhardt, Spengler, Berdaieff, ya se anuncia en una terrible página de *Los Endemoniados* de Dostoievski) de lo contrario sería el total reino del Anticristo, la pérdida de toda dirección humana, la revuelta de las cosas contra los

hombres; la nueva subversión —para utilizar otra vez la mitología griega— de los oscuros dioses etónicos.

LATITUD DE PUERTO RICO

Regresamos de un viaje presuroso al través de algunos problemas de la Historia Universal. Hémos de nuevo en esta humanísima latitud de Puerto Rico donde dos millones de seres humanos, en un área de tres mil millas cuadradas y frente al mar materno, escrutan patéticamente su destino. Alguna vez conversando con ágiles y muy advertidos muchachos puertorriqueños que llevan consigo toda la seriedad y la preocupación de su país, saltó como un argumento de desesperanza la estrechez territorial de la isla. "Somos la más pequeña de las Antillas mayores" —observaba como última palabra del debate— uno de esos jóvenes. Y yo insistí en que eso que Puerto Rico sentía como insuficiencia física, era lo que lo obligaba —precisamente— a perfeccionarse en un ideal de cultura. Debía ser un poco como el agonismo griego, aquel espíritu de emulación que brotando de las apretadas ciudades marítimas de la Hélade, preparó para el mundo una extraordinaria hora de libertad moral y de belleza. En el poblado archipiélago del Caribe, el muy poblado Puerto Rico, no sólo se concibe como gran ruta de aviones y barcos, como llave militar o emporio azucarero, sino como activa colmena de Cultura. Acaso ya tenga en proporción de cantidad el más alto porcentaje de estudiantes universitarios de ninguna otra nación de nuestra lengua y es preciso que, también, los tenga en calidad. Futuros sabios, artistas y técnicos son los arquitectos espirituales de ese gran Puerto Rico. Los antagonismos de raza, lengua y cultura son precisamente la conciliación y la síntesis que debe realizar en sí el hombre puertorriqueño. Volver románticamente al 98 español sería tan absurdo como pensar que nada existió y nada tenía importancia antes de 1898. Lo puertorriqueño no retrocede sino sigue adelante. Lo puertorriqueño son todos esos impactos, esos choques y, por último, esa adaptación consciente, limpiamente traducida, de todas las experiencias que ha recibido Puerto Rico: su vieja cultura española y su nueva tecnología norteamericana y también ese "más allá", ese "querer más" que es el ímpetu vital de los pueblos. Si no podemos rehacer la Historia ni rehusar lo que estuvo antes de nosotros, si es posible —en cambio— con nuestra conciencia y nuestra voluntad, poner proa hacia el futuro. Por eso en la labor de los grandes hombres, exploradores del tiempo histórico, hay tanto de futuro; hay ideas que esperan nueva germinación; hay planes que no se cumplieron, hay el marco y el campo señalado para una tarea que corresponde a los postreros. En América, Bolívar todavía es futuro, como Hostos y Martí también lo son.

Y Puerto Rico tiene que hablar a la América entera. Superando aquel insularismo que analizó tan bien Pedreira, Puerto Rico está en el cruce e intimidad de más de veinte naciones que desean escucharlo. Y esta experiencia humana

que aquí se cumple no puede sernos indiferente a quienes, sin haber nacido en la Isla, la sentimos en la fraternidad del idioma y de la empresa común. Está ya trazado el camino para esa nueva hora de la creación puertorriqueña; están estas aulas repletas de estudiantes; está esa conciencia de que estudiar es más que prepararse para una profesión lucrativa; es cumplir y servir a la comunidad a que pertenecemos; es cumplir y servir —si ello es posible— a la humanidad entera. Es tener la orgullosa fe ¡y ay de la generación que no la tenga! —de que el mundo necesita de nosotros. Porque, por lo menos a los veinte años, cuando la sangre fermenta como un vino y el ideal y la esperanza no tiene límites, es preciso pensar que el Universo se habrá hecho mejor después que reciba el tributo de nuestro trabajo y de nuestros sueños. Para quienes nacieron con apetito de Historia, toda tierra es de sembradura y toda época se puede cargar de destino.

Mariano Picón-Salas
Venezuela